

Y merecíanlo sin duda. Nosotros, al lamentarnos de alguna manera, de la influencia que pesaba sobre un ingenio, que no tenía acaso las dotes necesarias para elevarse á más altura que sus modelos en el campo de la imitación clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entonces, y en aquella literatura, un poeta muy distinguido, y que podía serlo más todavía. Su versificación no era correcta, porque nunca lo ha sido; pero era ya sonora, rica, y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa.

Sus producciones dramáticas pertenecían á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri, escuelas que Cienfuegos y Quintana habían introducido no sin gloria y sin éxito en el teatro español, y que tanto como el talento de estos poetas, había contribuido á poner en voga el género trágico del ilustre Máiquez. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Ángel la escena española, no eran obras maestras; pero no seremos nosotros los que neguemos que si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de Corneille y Voltaire al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderon y de Moreto.

Pero la edición de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años despues. Entretanto había ocurrido la revolución política, que tuvo por resultado el restablecimiento

Lógralo; y logre yo, si más clemente
Se muestra acaso la áspera fortuna.
Que hoy no me deja en blando son loarte.
Tejer nuevas coronas á tu frente,
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

de la Constitución de 1812. Hallábase en Madrid Don Ángel cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado, como todos los liberales españoles: júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambición alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvían á ejercer influencia, y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó sólo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Había solicitado en vano la competente licencia de los Ministros de la Guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años, y con todo su sueldo, el Marqués de las Amarillas, despues Duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al Gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones, dignas de aquel entendido é ilustrado personaje.

La impresión de sus poesías le detuvo aun algunos meses en España; pero publicado en Madrid en Enero de 1821 el segundo tomo de aquella coleccion, se partió D. Ángel á Francia á principios de Mayo del mismo año, despues de haber ido por algunos dias á Córdoba, á despedirse de su familia. Llegado á Paris, procuró realizar el objeto para que el Gobierno le había comisionado, sin olvidar su propia instruccion, y las artes que le eran más queridas. Visitó los establecimientos militares: frecuentó las bibliotecas y museos: trató con intimidación al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Tracy, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolución política, que iba recorriendo en Es-

pañña una de sus más violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país, para lanzarle por una nueva carrera, en que los riesgos, los infortunios y los errores debian pesar más que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal, como para la de las artes y las letras, que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansion en Córdoba habia contraído D. Ángel amistad, que siempre tuvo tierna y estrechísima con D. Antonio Alcalá Galiano, entónces Intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el señor Galiano, como despues, un prodigio de saber y de erudicion; pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia, las opiniones que profesaba eran á la sazón las más ardientes y exajeradas, y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la conviccion y las voluntades del partido democrático, no se ejerció ménos fascinador y poderoso sobre la imaginacion móvil y ardiente y el carácter apasionado de Don Ángel. El talento subyuga con más fuerza todavía al talento, que á la ignorancia; y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones, y en la carrera de su partido.

En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de tanto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguian, sería un digno representante de aquella provincia. D. Ángel Saavedra fué elegido Diputado á Córtes; y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente ésta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolu-

cion, que ya entónces se presentaba amenazadora y embavecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debía esperarse de las circunstancias de su eleccion. Unido estrechamente con Galiano y con D. Javier Istúriz, á quien habia tratado de jóven en Cádiz, se colocó, como ellos, en lo más extremo de la oposicion al Ministerio que presidía Martinez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanto mayor animadversion de la Córte, cuanto que su educacion, sus conexiones de familia, y sus maneras aristocráticas le hacian extraño por demás á las exajeraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política; ni estímulos de su ardor tribunicio los bastardos intereses, que principalmente en nuestros tiempos, se suelen ocultar bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entónces era sin duda más sincero y más desinteresado. Jamás D. Ángel Saavedra llevó en su virulenta oposicion miras personales, deséos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados; jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna.

Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasia: aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que habia admirado entónces; y el ódio de una Córte, que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevía á contrarestar frente á frente, no podia en verdad hacer en él la misma impresion que en otra época más próxima, el amor ó la gratitud de la Reina, que habia abierto las puertas de su Patria á los que léjos de ella gemian desterrados. Las teorías políti-

cas no estaban entonces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nacion, ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas, ilusiones, que el transcurso de veinte años ha desvanecido. D. Ángel las abrigaba. ¡A quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto?

D. Ángel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Parecíale sin duda que eran tan desinteresados y tan sinceros, como los que pudiera arrancar una buena tragédia ó la vista de un buen cuadro; y cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leía bellos versos. Don Ángel no podía entonces profundizar las cuestiones políticas, que ni aun otros hombres más exclusivamente consagrados á su estudio, habian examinado sinó muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolucion nada más; y todos los hombres políticos de entonces, con más ó menos generosas intenciones, con más ó menos ilustrados instintos, eran sin embargo revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un Gobierno que pueda durar una generacion?....

D. Ángel fué Secretario en las Córtes de 1822, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedición. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Despues del 7 de Julio, — en el cual se halló con otros Diputados en el Parque de Artillería, — y reunidas las Córtes extraordinarias, apoyó al Ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso; y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso, de dimensiones más extensas que los que hasta entonces había

pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesion de 11 de Enero de 1823, en que se aprobó la conducta del Gobierno, por la contestacion dada á las amenazadoras notas de los Gabinetes de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idéa del vértigo, que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la Nacion, y estaban solos.

La cuestion no era de independencia, como en 1808; era de libertad política; y el pueblo, ó desdeñaba ó no comprendía este principio abstracto. Ardía embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisible la victoria. Sin embargo, el Gobierno del Sr. San Miguel arrojó la cólera de todas las Potencias, y los Diputados que debian pedirle cuenta de su conducta, que podian acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público Parlamento la apoteosis del insigne desacuerdo, que había sido ya sancionado con la aprobacion y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entonces. Tocóle en aquella discusion hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima, que acaso dió temple y tono al debate de aquel dia, fué el intérprete fiel de las opiniones, que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas fra-

ses rayaron en los últimos límites de la vehemencia. El salón y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano y de los demás oradores, que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió, y circuló profusamente dentro y fuera de España, como un monumento notable, en el juicio de unos, de temeraria arrogancia, en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad.

Consecuente á sus principios y opinion, influyó el Diputado por Córdoba en la traslacion de la córte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesion del 11 de Julio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspension del Rey, propuesta por Galiano, y su traslacion á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de Diputado. Al amanecer del dia 1.º de Octubre, en que el Rey Fernando VII recobraba la plenitud de su poder, emprendía D. Ángel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinacion de proscripto y su carrera de emigrado.

Condújole, en compañía de su amigo Galiano, una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores, que experimentaron entónces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí sin embargo, hasta que en Mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegacion á Inglaterra, centro entónces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos, Istúriz y Galiano, y al respetable Don Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corría entónces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le habia apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el interválo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué D. Ángel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, habia compuesto en pocos dias la tragedia titulada *Lanusa*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecía, enmedio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas; era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificación; y sus diálogos, más que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid, en el teatro del Príncipe; y por efecto de las circunstancias, se repitió por espacio de muchos dias con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la funcion obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entónces.

Pero la emigracion le llamaba de nuevo con más tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra habia escrito *El Desterrado*, composicion lírica de alguna extension, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, separándose de la imitacion servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo para un proscripto, el poder reproducir,—á lo ménos con el pincel,—la imágen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja.

Hizo entónces D. Ángel varios retratos, escribió una

sátira en prosa, titulada *El Peso Duro*, llena de cuadros de costumbres, de no escaso mérito, y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas, titulado *Florinda*, la composicion titulada *El Sueño del Proscrito*, y otras de ménos fama.

Entretanto, la Audiencia de Sevilla había fulminado contra D. Ángel, por la votacion de 11 de Junio, la sentencia de muerte y la confiscacion de todos sus bienes. Su hermano el Duque, por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba, sufrió dura persecucion: el Rey le había quitado la llave de Gentil-hombre, y tenía en secuestro sus estados. D. Ángel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada Madre, que aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscrito todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazon maternal.

El clima de Inglaterra no era favorable á la salud de D. Ángel, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso, que podía servirle algun dia para hacer frente á su situacion, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa Madre imploró del Nuncio de Su Santidad en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el Nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud, y le fué respondido, que como D. Ángel se comprometiera á no hablar ni escribir de política en Italia, ni frecuentar la sociedad inglesa, se le librara el pasaporte, seguro de que allí encontraría hospitalidad y amparo. Dió D. Ángel por medio de su Madre las seguridades que le exigían, y provisto del resguardo del Nun-

cio, en que este había escrito de su propio puño: "Dado por órden expresa de Su Santidad" dejó el proscrito á Lóndres á fines de Diciembre de 1824, y con dura navegacion llegó á Gibraltar.

Permaneció allí hasta Junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano concertado, con la señorita Doña María de la Encarnacion Cueto, marchó con su jóven esposa á Italia, arribó á Liorna despues de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al Cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte, no podía visarle sin remitirle antes á Roma. Hizolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibicion absoluta de que el portador pusiera los piés en los Estados romanos.

Á esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una órden del Gobierno Toscano para que D. Ángel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres dias. En vano escribió D. Ángel al Gobierno Pontificio: en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna: en vano le protegió eficazmente el Conde de Bruneti, que residía accidentalmente en Massa Carrara: la inexorable policia dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto D. Ángel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte, que llevaba tambien nuestro viajero, dado por lord Chatam en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantin maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellon de Inglaterra.

El mal tiempo dilató algunos dias el viaje, y D. Ángel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distincion que habia en Liorna, y por lo más florido de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecucion, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscriptos las más lisonjeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse por fin á la vela, y navegaron prósperamente cuatro dias. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Marétimo*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al Sudoeste, y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulacion, compuesta de seis viejos malteses, desconocia la autoridad del capitan, hasta el punto de no obedecerle, cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago descubrió muy cerca por la proa el *Marétimo*, y al orzar por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con gran estruendo el trinquete, que quedando trabado en la jarcía, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la manobra, y apiñados en la popa, entonaron la salve, pidiendo á Dios misericordia en el último trance. D. Ángel, con el desesperado aliento, que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí, reanimó la tripulacion con amenazas y golpes, y ayudando al capitan á sujetar la caña del timon, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcía, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigían las circunstancias. Hecho lo cual, bajó á la cá-

mara todo empapado en el agua del mar y la del cielo, y cayó, y estuvo por largo tiempo desmayado, de la gran fatiga y del extraordinario esfuerzo.

Al amanecer se hallaron sobre la costa de Sicilia; y detenidos lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque, siempre con el mar embravecido, hasta que despues de otros dos dias de navegacion, como dijo nuestro viajero en su preciosa composicion *Al Faro de Malta*....

. los marineros
Olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
¡MALTA, MALTA! gritaron.

No pensaba D. Ángel detenerse más tiempo en aquella isla que el necesario para encontrar proporcion de regresar á Lóndres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le habían llevado la casualidad y el infortunio. El ser Caballero de la Orden de San Juan, fué una recomendacion muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna, y otras que llegaron de Lóndres, le procuraron la proteccion decidida del respetable Marqués de Hastings, gobernador de la isla, y de su segundo el General Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió, andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecucion que habia experimentado en Italia; los peligros de su viaje; su trato ameno; su imaginacion rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le

hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñon del Mediterráneo.

Cinco años pasó D. Ángel en tan agradable residencia, frecuentada entónces de extranjeros, con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto, que aquellos años no fueron los ménos venturosos de su vida, ni los ménos útiles para la literatura de su Patria. En el largo reposo de aquel destierro, volvió D. Ángel á buscar ocupacion y consuelos en la literatura; pero entónces ya el campo de las bellas letras, se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte, que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. D. Ángel no conocía antes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputacion á quienes habia podído consultar, no le presentaban otros modelos, ni otros principios, extraños, como eran absolutamente, al movimiento que fermentaba entónces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas, y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginacion y de la inventiva.

En aquella época, empero, tomó D. Ángel conocimiento de las nuevas tendencias, y vió autorizado por hombres de gran saber y de inmensa reputacion, los que segun la austeridad de sus antiguos principios le hubieran parecido extravíos. Vivía en Malta, por ser elima á propósito para la salud de su esposa la Condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Ministro plenipotenciario en España para la paz de Amiens, y despues en tiempo de la Junta Central, tenía en gran aprecio á los españoles, y mucha aficion á las cosas de España, poseyendo con perfeccion nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su

biblioteca muchos, muy escogidos y muy raros libros españoles.

Honró desde luego este sábio y respetable inglés á Saavedra con el más tierno y paternal cariño; le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron y Walter Scott; le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo décimo octavo; le regaló la antigua edicion completa de Lope de Vega, y una coleccion de nuestras crónicas, y le exhortó á escribir con brió y originalidad sus propios afectos y sus propias sensaciones.

Prendieron desde luego estos combustibles en la ardiente imaginacion de D. Ángel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores, en lo que hasta entónces había mirado con desdeñoso menosprecio; hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que había oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso tambien el estar ausente de su querida Patria contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entónces habian tenido.

Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre que la inmediacion á la posesion de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginacion. La antigüedad, sólo por serlo, es poética, como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remotos. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau, que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho es donde se puede describir con

ricos colores la libertad, y en un abrasado desierto las orillas encantadas de un río.

¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin él mismo percibirlo, aconteció á nuestro Poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo de tarde en tarde *le llegaban de su Patria nuevas amargas y renglones con lágrimas escritos*, ¡qué interesantes y qué llenos de poesía no debían presentarse á su imaginación todos los lugares de su país, las más leves circunstancias y accidentes de localidad! ¡Cuánto no debían halagarle, y parecerle bellos y dignos de contarse los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le aparecía la imagen de los héroes castellanos!

Entonces ciertamente debieron presentársele, no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y tornéos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entonces debían ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripción, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras magestuosas, el mar bravío, y las ruinas, y los templos, y los cantares del pueblo, y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades, morunas ó góticas, y hasta el Arcángel dorado, *que corona de Córdoba la torre*, y que se le presentaba como un faro resplandeciente, mirado desde la tormenta del destierro.

No entró, sin embargo, en esta nueva senda rompiendo de una vez todos sus hábitos. Desde luego comprendió, como debía, lo que despues se llamó escuela romántica; y tenía ya demasiado ilustrada su razón, demasiadamente perfeccionado el gusto, para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones, y los fines, y el plan, y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, corrección y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creía que se había emancipado ya de las antiguas trabas, cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así, despues de concluir la *Florinda*, compuso el *Arias Gonzalo*, tragedia clásica en la forma, de versificación, por lo general robusta y fácil, aunque desigual, como suya; y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, clásica también, aunque escrita en variedad de metros, y que despues hemos visto representada en los teatros de la capital.

Su primera composición, en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado al *Faro de Malta*, y que copiaríamos íntegra, si la extensión de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya: notable ciertamente, no ménos que por su mérito artístico, por ser la primera en la nueva serie de producciones que emprendía el autor.

Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debía tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito*, ó *Córdoba y Búrgos en el siglo X*¹ que despues se publicó en París con un brillan-

¹ En un periódico literario, que salió á luz en esta córte, con el título de EL PENSAMIENTO, publicó el jóven poeta D. Enrique Gil un excelente

te prólogo. No harémos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda filosofía, y con elevacion y miras hasta entónces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidian á la reforma, que entónces para nosotros empezaba. En él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingénios en la nueva regeneracion á que con esta obra se abría la puerta. Es el asunto de este poema, la historia lastimosa, la popular tradicion de los siete Infantes de Lara. Obra de esta clase no tenía modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Erçilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura, aparece tejida, en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras.

El Moro expósito tiene su plan: *El Moro expósito* no es meramente un romance de alguna extension. Mayor analogía se le encuentra con producciones extránjeras, especialmente con las novelas en verso de Walter Scott. No es nuestra intencion hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Sería preciso dar una extension inmensa á nuestra biografía, y copiar trozos enteros de una produccion, que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embar-

y juicioso artículo de análisis y crítica de las poesias de D. Ángel Saavedra, especialmente de *El Moro expósito* y de los *Romances históricos*. Nosotros, conviniendo casi enteramente en los juicios y opiniones del señor Gil, de tal manera hemos seguido al hablar de estas dos obras su opinion, que hemos copiado á veces hasta sus mismas frases.

go, el poema del Sr. Saavedra no es perfecto en su conjunto: la crítica severa puede tacharle de lánguido y lento en la accion, de tímido en el plan, de embarazoso y monótono en la narracion, y su desenlace no aparece demasidamente preparado ni bien traído. Las trabas mismas, de que su autor pensaba sacudir el yugo, le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor le despliega sin reparo, entónces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe.

Hay bellezas de detalle incomparables; hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas; hay pinturas de relieve, que se mueven y se palpan; hay ternura, hay sentimiento, y hay gala oriental, y lozanía andaluza, y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caracteres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza.

Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la invocacion ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripcion de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada más sombrío y altamente poético que el incendio de Barbadillo, ó que el salon lúgubre de Rui-Velazquez. Nada más magnífico que la descripcion de Zahara. Para hacer sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester otro libro igualmente extenso; y bien pueden compensar sus defectos, sin em-

bargo de que á veces, las mismas bellezas que el autor sabe producir, nos hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran con frecuencia trozos lánguidos ó prosáicos, y expresiones triviales, que desdican bastante del tono general del diálogo ó de la narracion, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono como el martilléo de la octava, que el autor creyó evitar. De todos modos, ésta obra, que no tenía modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello florón de la corona poética de D. Ángel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía: la pintura fué tambien objeto de sus taréas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos, bajo la direccion del profesor Hyrler, llegado á Malta desde Roma, pocos meses antes que nuestro proscripto.

Á pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luego que el Ministerio francés, presidido por Martignac, aflojó algun tanto el ódio á los emigrados españoles, quiso D. Ángel acercarse á su Patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á París con su mujer é hijos. El General Ponsomby, Gobernador entónces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para transportarle á Marsella. Pero á su llegada, Martignac habia caído, y su sucesor volvía á la misma política intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debia fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condicion,

y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna Madre de continuo le enviaba, estableció una escuela de pintura, á que no faltaron discípulos; pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el Museo de Orleans, donde existe, un cuadro de *natura muerta*, que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto, la revolucion de Julio: trocósé la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á París con su familia. Encontró allí á sus amigos Istúriz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas idéas de estos tres amigos se habían templado mucho con la observacion inmediata de países tambien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia habia desvanecido en D. Ángel muchos errores, y no creía tanto ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina, con que aún en la desgracia, los dividian encarnizados ódios. Sus estudios y la pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la Exposicion del Louvre de 1831, y el nombre de D. Ángel Saavedra se halla en el Anuario de artistas establecidos en París en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano á *El Moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Álvaro*, que Galiano tradujo al francés, con ánimo de que se representara en algun teatro de París.

La primera amnistía del Rey Fernando VII en 1833, no comprendía á D. Ángel, como ni á los demás Diputados que votaron en Sevilla la deposicion momentánea del